y acaudillaron en este país el señor de esta casa y el de la de Hoyos, hermano de Juan Bravo, el descabezado en Villalar... Y se acabó la historia, porque desde entonces, amigo mío, las casas de mayorazgos y parientes mayores de la Montaña, no tuvieron poder más que para pleitos, ó para poner una pica en Flandes, un aventurero en América, ó un voluntario como el manco insigne de Lepanto, mientras los Grandes se disputaban, por las antecámaras ó retretes de Palacio, los virreinatos y encomiendas, ó las *llaves* de su servidumbre. Pero más comunmente vivieron los señores montañeses retirados en sus casonas y mayorazgos, prefiriendo ser los primeros de su aldea, á cualquier puesto de la corte, aunque sus segundones se hicieran, por su cabeza ó por sus puños, obispos y generales, ó trajeran de América con qué adquirir títulos y mujeres, de quienes, á la vuelta de pocas generaciones, se pudiera decir lo que de los dineros del sacristán.

Dicho todo esto, como quien no dice nada ni se paga mucho ni poco del valor de lo que dice, y que á Neluco y á mí nos había cautivado bastante más que los pedruscos mohosos de la torre, cuya importancia histórica y arqueológica no desconocíamos, se encogió de hombros el solariego volviendo la espalda al edificio, y enlazándonos á los dos por la cintura con sus

brazos, nos arrastró hacia el interior de la casa, diciéndonos al propio tiempo:

—Ahora, en seguidita, á prepararse para la marcha, puesto que se empeñan ustedes en volverse hoy, porque los días son ya muy cortos y no hay tiempo que perder.

Andando así, hablé al solariego de sus obras, declarándole honradamente que no las había leído.

—No me extraña ni me duele—me contestó, —porque otros hay con más obligación que usted de conocerlas, y ni siquiera saben que están escritas, ni que sea yo capaz de escribir libros. Andan así las cosas, y ya se irán arreglando de otro modo, si Dios quiere. Entre tanto, yo tendré muy regalado gusto en ofrecérselas ahora mismo, sin comprometerle por ello á que las lea. No pago yo con impuestos tan gravosos el favor y la honra que me dispensan personas tan bien nacidas como usted, hospedándose en mi casa.

Mostréme, como pude y supe, agradecido á la fineza; llegamos al despacho; dióme él los libros, con la honrosa *auténtica* de su dedicatoria autógrafa; previno el mozo las cabalgaduras en el corral; bajamos á él los que estábamos arriba; hubo abajo las despedidas, las congratulaciones, las protestas y los apretones de manos que fácilmente se imaginan; montamos, al fin, Ne-

luco y yo; volvimos á despedirnos desde las alturas de nuestros respectivos jamelgos; respondiónos el caballero con reverencias y con palabras que ya no oíamos bien; descubrímonos, por último, mientras revolvíamos los caballejos hacia la portalada, que estaba abierta de par en par; picamos recio; salimos, y á buen andar, me puse al costado de Neluco, que, como es de presumir, dirigía la caminata.

Pero yo no me fijé siquiera en la dirección que tomábamos, porque me sentía repleto del señor de aquella torre, por su saber, por su bondad, por su talento y por sus *cosas* tan singulares y tan nuevas para mí, y no tenía otro deseo que el de verme á solas con Neluco para acosarle á preguntas y saber más y más de todo aquello. Como si adivinara mis deseos el mediquillo de Tablanca, en cuanto me tuvo á su lado sacó á plaza el asunto de este modo:

—Ayer le prometí á usted, por la mañana, indemnizarle con creces por la noche de los penosos ratos que le proporcioné con el conocimiento de su pariente Gómez de Pomar. ¿He cumplido mi promesa?

—¡Oh!—le respondí,—y con mayores creces de las que usted pudo esperar... Pero dígame usted, Neluco—añadí arrimándome más á él, —este hombre, por sus prendas excepcionales de carácter y de saber, gozará de un gran prestigio y merecerá el respeto de todos, no solamente en su valle, sino en la provincia entera.

Sonrióse Neluco amargamente, y me replicó:

—¿Prestigio... respeto, dice usted? Pues sírvale de gobierno que ese hombre no está en un correccional, por un milagro de Dios.

Quedéme estupefacto. Observólo el médico y me dijo echándose á reir:

—No vaya usted á creer que se trata de otro pájaro por el estilo del hidalguete de Promisiones.

—Me parece que con las señas que empezaba usted á darme...

—Efectivamente; pero con ellas y todo (porque no las tacho ni corrijo), ya verá usted cómo no hay motivo para que se le desvanezcan las ilusiones que se ha forjado. Ese hombre es todo lo que usted ha visto y mucho más que vería si continuara tratándole y observándole de cerca. Vería usted entonces que su corazón es tan grande como su inteligencia; que es todo él espíritu de caridad sin límites é inagotable, como el Océano; que en actos de ella arriesga cien veces la vida, porque abundan, desgraciadamente, las ocasiones de hacerlo durante las inclemencias invernales en estos desamparados desfiladeros; que habiendo corrido el mundo y teniendo en él deudos encumbrados y valedores poderosos, ha preferido á lo más solicitado por

las vulgares ambiciones, las estrecheces y obscuridades de su valle nativo, cuya prosperidad es su manía; que además de la religión divina de su fe cristiana, inquebrantable, tiene la terrena del honor y de la Ley justiciera é incorruptible; que es tal la integridad de su conciencia, que si un día llegara á reconocerse delincuente y no hubiera juez que persiguiera su delito, él se declararía juez y hasta carcelero de sí propio; que tiene la pasión de los débiles y de los menesterosos y de los perseguidos, el ansia inextinguible del saber y el delirio por las glorias de su patria; que los desafueros contra el bien común le exaltan y embravecen... y, por último, que es el hombre que usted adivinó en su pesadilla de anoche, gastándose la vida y el patrimonio en lidiar valerosamente, sin punto de sosiego, contra todo linaje de infieles. Con tales condiciones de carácter, este hombre hubiera sido en los siglos medios caballero andante ó cruzado; pero le tocó nacer en estos tiempos descoloridos y prosáicos, y sus arremetidas andantescas le resultan muy á menudo *quijotadas,* hasta por los descalabros... Porque este sol tiene manchas también (y no lo sería si no las tuviera); y aunque estas manchas, bien observadas, no vienen á ser otra cosa que extremadas exaltaciones de sus grandes virtudes, al cabo son manchas, y por el lado de las manchas

solamente, le estima y justiprecia el vulgo, rey y soberano que no entiende pizca de claro-obscuros. Y como hoy todo es vulgo, leyes inclusive, deduzca usted por consecuencia hasta el correccional de que le hablé antes.

—No puedo deducir eso tan fácilmente como usted cree,—respondí á Neluco, porque no estaba yo conforme en que las cosas anduvieran tan mal como él las pintaba.

—Pues lo explicaré mejor con un ejemplo—replicó Neluco.—Figúrese usted que, según declaran las leyes fundamentales del Estado, todo ciudadano tiene la facultad de evitar la comisión de un delito, siempre que pueda, y presuponga en seguida que nuestro hombre toma el precepto legal al pie de la letra, y trata de cumplirle en la primera ocasión que se le va á las manos. Ya está evitado el delito, con todas las consecuencias naturales de una resistencia obstinada, y muy natural también, de parte del delincuente. Pero álzase éste en queja del *atropello,* y comienzan los trámites reglamentarios, y viene la ley con sus distingos y sutilezas casuísticas, y hete á nuestro hombre pagando los vidrios rotos y quizás á las puertas de la cárcel, como un salteador de caminos. Y hay casos de ello.

—¿Por qué?

—Pues unas veces, porque «esa es la Ley,»

que parece hecha de intento para amparar delincuentes; y otras muchas, porque hacia ese lado la empujan... aquellas nubes negras que también vió usted anoche en su pesadilla.

—No lo creo, y usted perdone.

—¡Dichoso usted!

—Pero ¿qué razón hay, puestos á creer en esas nubes, para que no favorezcan á nuestro amigo y sea condenado el otro?

—La razón del «mal nuevo,» que también nos mencionó él anoche.

—Será así; pero no lo entiendo.

—Pues sigamos con el ejemplo imaginado, y supongamos que el delincuente victorioso es un arbitrista de nota, hombre de veta soez y peor entraña, logrero y trapisondista, pero bien redondeado de caudales. Suponiendo esto, bien puede suponerse que este hombre es caudillo de un apretado escuadrón de sumisos mesnaderos, que entran en las batallas que hoy se usan como un rebaño de borregos; ó que tiene arte diabólico para manejar los cubiletes y trampantojos de esa farsa, á su completo gusto; ó que si no tiene nada de ello, sabe buscarlo por cualquier camino, y que sabe, además, el valor que esas habilidades representan en el derecho flamante, y la manera de negociarlas. Pues lo menos con que se pagan hoy esos merecimientos, es una patente de corso con la que

entran á saco en cuanto abarca su extensa jurisdicción, el corsario ó sus protegidos, hasta en los alcázares de la Ley. Este es el «mal nuevo» á que aludía nuestro amigo, que por pasarse de honrado, ya no tiene mesnadas con que servir bajo el pendón de los modernos señores, esos que mandan en las nubes negras que son sus delegados omnipotentes y hacen mangas y capirotes, en propio beneficio, de las leyes sin vigor y del esquilmado suelo de la patria. Le dije á usted en una ocasión, hablando de lo que hoy tenían que hacer los hombres cultos y de buena voluntad en los pueblos rurales para conseguir en ellos lo que don Celso y sus antecesores en el suyo, que no en todas partes se lograba el mismo fruto; que hasta había mártires de ese heróico trabajo, y que quizás tuviera usted ocasión de conocer á alguno de ellos. Pues ya le ha conocido usted en el señor de la torre de Provedaño. Ese hombre insigne, con todo su saber, con todas sus virtudes, con todos sus timbres de ilustre linaje, con todos sus sacrificios enderezados al bien y á la gloria del suelo en que ha nacido y de la patria entera, es un mártir de su trabajo de Sísifo incansable.

No tenía yo, descuidado madrileño, juicio formado sobre esos males nuevos y esas nubes negras, á pesar de haber soñado con la mitad

de ello la noche antes como en profecía de lo que había de pintarme Neluco al día siguiente; pero recordando vaguedades y lugares comunes que á propósito de tan delicada materia había leído muchas veces maquinalmente en los periódicos ú oído sin atención en conversaciones de café, y uniéndolo todo á lo dicho por Neluco, y á lo que, durante un buen rato, continuó diciéndome todavía, y, sobre todo, por la complacencia que yo sentía en engrandecer más y más la idea que me había formado del caballero de la torre, acepté de buena gana todos los pareceres del médico, y así fuimos entreteniendo la subida de la sierra, primera parte de nuestra larga jornada. Para hacérmela aún más placentera, refirió Neluco algunos rasgos de aquel hombre singular, y entre ellos el siguiente, que le pintaba de pies á cabeza:

En cierta ocasión se le ocurrió á un convecino suyo, que ya no era mozo, ir á mirar un poco por el ganado que tenía en el invernal, distante de Provedaño una jornada de medio día, á un buen andar por los altos montes, cara al Este. El día era de diciembre. Estaba el cielo gris; afeitaba el cierzo de puro frío; y aquella misma noche cayó una nevada de dos palmos. Nevando desde el amanecer y helando desde que anochecía, pasó más de media semana, y no volvía á Provedaño el hombre que

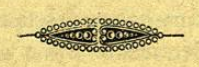
había ido al invernal, ni se conocía su paradero. Entérase del suceso el señor de la torre, que no había salido de casa en ese mismo tiempo por no hacer falta fuera de ella; lánzase de un brinco al corral; toma el camino del pueblo, volando, más que pisando, sobre la espesa capa de nieve que le tapiza y emblanquece, como al lugar, como al valle entero y como á todos los montes circunvecinos; llega, golpea con su garrote las puertas, cerradas por miedo á la glacial intemperie; ábrense al fin una á una; pregunta, indaga, averigua, estremécese, indígnase, amonesta, increpa, amenaza donde no halla las voluntades á su gusto; y, por último, endereza á garrotazos las más torcidas, hasta conseguir lo que va buscando: media docena de hombres que le acompañen al invernal en que debe de hallarse, bloqueado por la nieve, si no muerto de hambre ó devorado por los lobos, su infeliz convecino, que, contando volver á la mañana siguiente, no había llevado otras provisiones de boca que un pan de cuatro libras; hace buen acopio de ellas; exhorta á los seis que le rodean poco resueltos; anímanse y se enardecen al cabo, porque son buenos y caritativos en el fondo; emprenden la marcha los siete monte arriba, monte arriba; y anda, anda, anda, cuando llegan á trasponer las cumbres de Palombera, sienten dolorido el pecho, como si

el aire que aspiran llevara consigo millones de puntas aceradas, y una torpeza y un quebranto en las rodillas, cual si fueran losas de plomo los *barajones* que arrastran sus pies; confórtanse un poco con un trago de aguardiente que beben *á la riola;* y anda, anda sin cesar, á veces se ven envueltos en remolinos de nieve cernida, desmenuzada y sutil, que les impide hasta la respiración y que, por fortuna, pasan como una nubecilla más de las que se ciernen y vagan errabundas sobre la montaña; el mismo señor de la torre, de complexión de hierro y que camina siempre delante, nota que le va faltando su indomable fortaleza; que los miembros se le entumecen, que no puede modular una sílaba con sus labios contraídos por la frialdad; que están yertas, insensibles sus manos amoratadas; empieza á temer algo serio, y no por él, seguramente, y salta, brinca, se frota, se golpea, grita y aulla como un salvaje... todo menos vacilar y detenerse, ni dejar un instante en reposo un músculo ni una fibra de su cuerpo; y luégo canta y se chancea mientras anda, para alentar y dar ejemplo á los que van á sus órdenes y le siguen en el silencio absoluto, aterrador, de aquellas alturas solitarias é inclementes. Al fin quiere Dios que columbren el invernal, que les queden fuerzas bastantes para llegar á él, que lleguen vivos y que encuentren adentro lo que van buscando. El hombre está allí; pero á punto de morir de hambre y de frío y de desconsuelo. Mientras unos le confortan un poco con bebidas y con palabras, otros encienden una fogata que le vuelve el calor, que también les faltaba á todos. Tras de la bebida espirituosa, el señor de la torre va alimentando con prudencia al hambriento y aterido, que devora, más que come, cuanto le ponen delante de la boca. Ya hay hombre; pero alelado, taciturno y entristecido. Es preciso curar también aquella tristeza; y manda que le cuenten algo entretenido los que sepan cuentos ó romances. Nadie de los seis sabe una palabra de esas cosas; pero el señor de Provedaño sabe de memoria libracos enteros, y enjareta en voz alta y resonante medio poema del *Mío Cid.* Como si callara. El hombre no chista, ni siquiera presta atención. Hay que hacer más, y manda que se cante al uso de la tierra; pero nadie está en voz ni para ello, y canta él á grito pelado tonadas del valle nativo, y hasta el *prefacio* de la misa del día del *Corpus*, la más solemne y regorjeada del año. En esta prueba, ya mira el hombre al cantor y muestra algún deleite en oirle. Pues hay que echar el resto: ¡á bailar todo el mundo!... Y como nadie se mueve, baila él como un desesperado á lo alto y á lo bajo, y después la jota aragonesa, y, por

último, un zapateado que arranca al entontecido una exclamación de asombro y una risotada de alegría, y al caballero, ya descuajaringado y jadeante, estas palabras que parecen, por el tono, una maldición: «¡acabaras, hijo de una cabra!»

Todos ya «en buen amor y compaña,» descansan, se calientan, hablan, comen; se acaba el día, duermen, amanece el siguiente, claro, sereno y radiante de sol, y se vuelven los ocho á Provedaño por encima de la nieve congelada, como si nada hubiera sucedido. Todo esto, narrado por Neluco minuciosamente, tenía que oir.

Pasados el puerto y los desfiladeros inmediatos, y rezada en la ermita del otro lado de la vadera la *Salve* de costumbre, logré ver á la luz del sol de media tarde, el resto del camino hasta Tablanca, por el que siempre había pasado de noche; el cual no me pareció tan profundo ni tan peligroso como yo le había imaginado entre tinieblas. Llegamos al fin, y después de saber á la puerta de mi casa por Chisco, que no había novedad arriba, despedímonos el médico y yo «hasta luégo,» y continuó él andando hacia la suya.



XVI

No había que pensar ya en nuevas excursiones por la montaña: con la última se habían agotado mis fuerzas y colmado la medida de mi poco exigente curiosidad. El cuerpo y el alma me pedían reposo durante algunos días; y después... Pero ¿habría después cosa nueva en que distraer mis ocios interminables? ¿Volvería á encontrar interés en lo visto y gozado ya? Y en caso afirmativo, ¿me permitirían esos lujos los invernizos temporales que, por milagro de Dios, no se habían desencadenado aún sobre Tablanca y sus contornos? Por de pronto, la vida que había hecho durante aquellas dos semanas, muy corridas, de plácida y bien soleada temperatura, no había dejado de darme frutos muy dignos de estimación. Con mis correrías incesantes, si no logré hacerme á la tierra tan pronto y tan completamente como esperaba mi tío